

CANCUN, GLOBALIFILICOS Y GLOBALIFOBICOS

David Ibarra
28 de agosto de 2003

La Organización Mundial del Comercio se reunirá pronto en Cancún. Se trata de un órgano de negociación y de administración de un conjunto cada vez más complejo de reglas comerciales y múltiples asuntos relacionados. Esa institución gobierna flujos comerciales que han crecido espectacularmente en el último medio siglo, multiplicándose veinte veces, con un crecimiento medio (6%), dos veces superior al ascenso del producto mundial.

La inversión extranjera de las empresas transnacionales origina, mueve, al comercio y la producción recreando un mundo cada vez más interdependiente. Por eso, la Organización Mundial del Comercio no sólo regula el intercambio de mercancías y servicios, sino al propio tiempo es foro negociador de normas sobre inversión extranjera, propiedad intelectual e impuestos, temas todos que afectan la autonomía de las políticas públicas de los estados miembros.

Previamente, la Ronda de Negociaciones de Uruguay produjo resultados asimétricos que favorecieron al mundo industrializado, sin atender del todo las demandas de los países en desarrollo. Estos últimos redujeron sus aranceles más que las naciones industrializadas y, además, no recibieron mejor trato en los rubros que concentran sus mayores ventajas comparativas (textiles y productos agrícolas).

Los aranceles al comercio recíproco entre países industrializados son bajos (2%-4%), pero los que gravan las exportaciones del Tercer Mundo resultan cuatro

o cinco veces superiores. A lo anterior se añade el impacto de los enormes subsidios que concede el Primer Mundo a sus productores o exportadores. Esas subvenciones agrícolas exceden los 300 mil dólares anuales y los Estados Unidos conceden 83 mil millones adicionales a gastar en diez años contados a partir de 2002. Los subsidios tienen consecuencias globales inevitables, sea por generar excedentes exportables, cuanto por presionar a la baja los precios de las exportaciones y los términos del intercambio de los países periféricos; consecuencias que muy imperfectamente corrige el que se les desligue de la producción.

La Unión Europea como productor de azúcar está lejos de ser competitiva y, sin embargo, merced al proteccionismo y los subsidios es el principal exportador del mundo. Por razones semejantes casi ha desaparecido la producción centroamericana de algodón. Asimismo, conforme a convenios firmados, esas cuotas del Acuerdo de Multifibras ya debieran haberse reducido sustancialmente (75%) y habrían de desaparecer en el 2005. Con todo, las cuotas vigentes en los Estados Unidos y Europa apenas se han reducido un 30% y los aranceles sobre las importaciones liberadas siguen y parece seguirán siendo altos (15%).

Esos hechos ponen de manifiesto la insuficiencia de la democracia formal de la Organización Mundial del Comercio: un país, un voto (a diferencia del Banco Mundial o del Fondo Monetario Internacional). La agenda sigue dictada por los gobiernos de países industrializados y el cabildeo e influencia de las grandes corporaciones transnacionales. Esto ocurre hasta en campos humanitariamente críticos como el abasto de medicamentos baratos destinados a combatir epidemias o pandemias.

El fracaso de la reunión de Seattle en lanzar una nueva ronda de negociaciones, reflejó la insatisfacción del mundo periférico y también el desacuerdo entre los miembros del Primer Mundo sobre cómo avanzar hacia un sistema más equitativo. La encuentro subsecuente de Doha creó esperanzas en llegar a un acuerdo sobre agricultura y otros productos sensibles, objeto del proteccionismo y los subsidios de las naciones del Primer Mundo que dañan seriamente a los campesinos y trabajadores de las naciones en desarrollo. Hay también temas impulsados por los países industrializados que complican y recargan la agenda, como el de las inversiones, los contratos y compras públicas, las políticas de competencia y los trámites aduaneros.

Se advierte entonces que la crítica principal a la Organización Mundial del Comercio no reside en ser un foro necesario de negociación y de regulación transnacional del intercambio, sino en carecer de directrices y facultades para producir resultados equitativos entre el Norte y el Sur o resolver los diferendos de fondo entre naciones avanzadas. No es la libertad de comercio el factor limitante principal que ligue al intercambio con el desarrollo, lo son las reglas a que ha de someterse y que suelen restar innecesariamente márgenes de maniobra al Tercer Mundo. De ahí nace la fuerza de los argumentos de los oponentes al comercio sin fronteras al sostener que el acceso a los productos, la tecnología y el capital extranjeros en el mejor de los casos beneficia a pequeñas élites nacionales, con exclusión de las mayorías sin voz, ni peso político.

En términos rigurosos, el libre comercio y la liberación de los flujos de capitales, en sí mismos no bastan para producir desarrollo ni equidad. Los países periféricos más exitosos en crecer y hasta en atraer inversión extranjera, son aquéllos que junto a la apertura, implantan políticas industriales, comerciales

y distributivas bien vertebradas, crean incentivos a los empresarios locales y alientan la formación propia de capital humano y físico.

Por encima de globalifílicos o globalifóbicos, la reunión de Cancún --etimológicamente cesta de víboras-- servirá para esclarecer, no resolver, múltiples desencuentros y sobre todo para constatar dos cuestiones centrales: la voluntad del mundo avanzado en rebasar intereses seccionales dentro de sus países en favor de un régimen favorecedor del desarrollo y la valentía o la desesperación de la periferia para rehusar o aceptar acuerdos contrarios a sus intereses.

Al propio tiempo las deliberaciones acaso indiquen las inclinaciones reales de las principales potencias en cuanto a la sobrevivencia del multilateralismo o su reemplazo por acuerdos regionales y convenios bilaterales que refuercen la influencia de los países dominantes en sus respectivas zonas de influencia. El multilateralismo con sus ventajas en cuanto a favorecer la formación de consensos colectivos, atenuadores de imposiciones hegemónicas, parece ir en retirada. Así lo atestiguan las soluciones regionales o bilaterales que van desde la Unión Europea o el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, hasta el Tratado de Libre Comercio Singapur-Estados Unidos o las respuestas de Asia en cuanto a formar su propia zona de integración.

Sin duda, la formación de bloques económicos tiene su propia lógica y ventajas innegables --en la velocidad y profundidad de las alianzas integracionistas--, pero puede devolvernos al mundo de las confrontaciones y dilapidaciones de la Guerra Fría, en vez de encauzar las energías planetarias y de la revolución tecnológica a los fines pacíficos del desarrollo.